

La varia vocación del error

Los comentarios sobre Borges y las ediciones de sus obras no son abominables, pero sin duda multiplican el número de los errores. Sería complicado establecer una taxonomía de los deslices de pontífices y editores borgesianos. Esbozemos, no obstante, dos clases, dando un ejemplo para cada una de ellas. En síntesis: hay un tipo de error vinculado con el cambio, y otro, más tozudo, aparentemente destinado a permanecer idéntico a sí mismo.

Héctor Bianciotti, que vio morir a Borges y que luego se convirtió en uno de los *inmortales* de la Academia Francesa, escribió para el suplemento cultural del diario "La Nación" de Buenos Aires del 22 de agosto de 1999, o sea el suplemento del centenario, un artículo en que menciona a Giambattista Marino (o Marini), aquel poeta napolitano que en la víspera de su muerte, allá por 1625, vio, según Borges, a "la rosa en su eternidad". Ahora bien, Bianciotti (suponiendo la inocencia del tipógrafo) no escribe "Giambattista Marino", sino "Marino Marini", que es el nombre de un escultor italiano muerto en Viareggio en 1980. Henos aquí frente a un error de la primera categoría. Recuerda el juego del teléfono roto, o el comentado caso de aquel estudiante que en un examen debía dar el título de una obra de Sartre y que por estar a varios pasos de quienes soplaban *El ser y la nada*, terminó anotando *El sheik de Granada*. "Marino Marini" tiene tal vez ese destino de transformaciones. No asombraría que derivara alguna vez en "Marilú Marini", o en "Mariano Moreno", o en Marilyn Monroe, por ejemplo.

El otro tipo de error se caracteriza por su pertinacia; aparece en la reproducción de textos del propio Borges. Permítase un ejemplo fácil. Hay, como se sabe, un libro que transcribe las conferencias que Borges pronunció en la Universidad de Belgrano. En 1979 lo edita la Editorial Belgrano, conjuntamente con Emecé. Más tarde, integra el cuarto tomo de las *Obras completas* de Emecé. El título del libro en cuestión es *Borges, oral*, título por cierto tan poco feliz como el de esa revista que dirigió Borges, llamada "Los anales de Buenos Aires".

En una de las conferencias, la que versa sobre “El tiempo”, se lee en la primera edición, prologada por el rector de la Universidad de Belgrano, que “Bernheim dijo que las paradojas de Zenón se debían a un concepto espacial del tiempo”. En las *Obras completas* de Emecé, se mantiene fielmente la oración, con idéntico sujeto: “Bernheim”. Ahora bien: si el lector curioso se detiene aquí para consultar la *Britannica*, encuentra un Hyppolite Bernheim que a fines del siglo pasado fue profesor de medicina en Estrasburgo y se interesó por los fenómenos de hipnosis. Puede ese lector, no obstante, sorprenderse ante la incursión filosófica del médico y apelar entonces a un supuesto último recurso: *La Pléiade*. Como se sabe, la prestigiosa *Bibliothèque* ha dado en dos tomos la traducción de Borges al francés y, contrariamente a las ediciones castellanas, ésta es una edición crítica. ¿Tendrá alguna nota al llegar a Bernheim? Pues no; sin vacilar, el traductor copia el imprevisto apellido y sigue de largo, silbando bajito.

Es raro, porque cualquier bachiller habría entendido, hasta por el contexto, que Borges hablaba de Bergson, Henri Bergson, que tantas veces se aplicó a disolver las aporías eleáticas. Sucede que estamos aquí, muy probablemente, ante un error del segundo tipo: es un error duro, con voluntad de permanencia; un error consagrado.

Es posible confiar en que la alerta traducción al portugués coordinada por Jorge Schwartz en San Pablo apoyará, en su cuarto tomo, los derechos de Bergson. ¿Podrá imponerlos frente al peso de los sostenedores de “Bernheim”?

Ya se verá. Sería plausible, mientras tanto, investigar algunas afinidades de Borges con Bernheim –perdón, con Bergson–, afinidades acaso profundas en algunos puntos vinculados con la “durée”, aunque las intuiciones del francés aparezcan traspuestas por el argentino en clave pesimista. Tampoco sería ociosa la reflexión sobre el sentido de las famosas paradojas que despertaron en Borges la perplejidad filosófica, y conjeturar el camino que lo llevó a afirmar la primacía del “abismal problema del tiempo”. Pero ésa, como decía uno, es otra historia; y seguramente se escribirá con otros errores.

Marcelo Abadi
Buenos Aires